

MEJORAR LA CELEBRACIÓN



LAS MONICIONES INTRODUCTORIAS A LAS LECTURAS BIBLICAS

1.— Les moniciones elemento integrante de la celebración

El uso de moniciones litúrgicas en la celebración no es un fenómeno totalmente original de la moderna restauración litúrgica, pues existen moniciones no sólo en la antigua liturgia romana (1) sino en todos los ritos de la Iglesia (2). Con todo no puede negarse que, a partir del moderno Movimiento litúrgico, las moniciones alcanzaron una vigencia y una importancia hasta entonces desconocidas. La razón última del auge que obtuvieron las moniciones en estos últimos tiempos hay que buscarla sin duda en el deseo de paliar la grave anomalía que representaba hace unos años el hecho de celebrar la liturgia en una lengua desconocida del pueblo. A través de las moniciones se intentaba que la asamblea participara de manera inteligente y auténtica en la celebración. Las moniciones fueron, por ello, uno de los mejores instrumentos que conoció la pastoral litúrgica de hace unos años.

2.— La “monición—resumen” en los inicios del Movimiento litúrgico

Pero decir que las moniciones fueron hace unos años uno de los mejores instrumentos de la pastoral litúrgica no significa que el enfoque dado a las mismas no tuviera también ciertas limitaciones; entre éstas, sin duda, la más constatable es la de utilizar las moniciones casi exclusivamente como simple remedio de emergencia ante una liturgia celebrada en latín. Este hecho comprometió no poco la más plena funcionalidad de las moniciones y esta deficiencia, nacida en los primeros tiempos del Movimiento litúrgico, continúa influyendo negativamente en el uso actual de las moniciones. En efecto, el deseo de introducir al pueblo en el sentido de la celebración que por aquel entonces no comprendía a causa del latín, hizo que las moniciones limitaran su ámbito de acción y se redujeran a ser siempre una pequeña síntesis en lengua del pueblo de lo mismo que luego el texto litúrgico repetiría más profusamente en latín. De esta forma las moniciones cambiaron su más genuina naturaleza de “fórmulas-introductivas” y pasaron a ser “fórmulas-síntesis”. Y con ello, de esta forma, nació en nuestros días un nuevo género de monición desconocida en épocas anteriores: la “monición-resumen”. De ella hay que decir que si bien fue útil y pastoralmente eficaz mientras la liturgia se celebró en latín, no obstante ni constituye la única especie posible de monición ni puede decirse que sea oportuno conservarla en una liturgia celebrada ahora en lengua del pueblo.

3. — Diversos tipos de moniciones

Recuperada, con la adopción de la lengua del pueblo, la posibilidad de comprender directamente los textos litúrgicos, la “monición-resumen” que ideó la pastoral litúrgica de hace unos años ha perdido, pues, toda su finalidad. ¿Significa ello que ha pasado definitivamente la época de las moniciones? Algunos lo pensaron así en los comienzos de la reforma litúrgica pero una reflexión más atenta, apoyada sobre todo en el examen de las moniciones de aquellas épocas en las que el pueblo comprendía aún el latín, nos descubre que la monición tiene diversas posibilidades no ligadas a la necesidad de explicar los textos usados en una lengua desconocida. En efecto, mirando las moniciones existentes en los antiguos libros litúrgicos, descubrimos por lo menos tres especies de moniciones, de las cuales ninguna coincide con la moderna monición-resumen; la “**monición-ritual**”, pronunciada generalmente por el diácono para ordenar el desarrollo de la celebración (3), la **monición introductoria** para exhortar a la plegaria antes de las oraciones presidenciales (4) y la **monición orientativa** que, además de invitar a la oración, ofrece ya una pauta para alimentar la plegaria silenciosa que

precederá la colecta del ministro (5).

4.— Las moniciones en la Liturgia restaurada

Las Moniciones, pues, conservan su valor al margen del fenómeno que en nuestros días intensificó e hizo popular su uso, es decir independientemente de la necesidad de dar al pueblo alguna inteligencia de los textos usados en latín. Pero, ¿qué carácter deben revestir hoy tales moniciones? ¿Deben ser Moniciones introductorias, a la manera de las que nos ofrecen los antiguos libros litúrgicos, o deben ser más bien explicativas, como las moniciones-resumen a las que nos habituó el Movimiento litúrgico? Para responder estas cuestiones puede ser útil recurrir a tres fuentes de información: a) las orientaciones de los Documentos oficiales, b) las moniciones-paradigmas que nos presentan los propios libros litúrgicos reformados y c) el estilo que van tomando las moniciones de libre composición desde que están en vigor los nuevos libros litúrgicos en lengua del pueblo.

Las orientaciones que sobre las moniciones ofrecen los nuevos documentos oficiales son muy numerosas. A partir de la propia Constitución de liturgia, promulgada en 1963, hablan de las moniciones: en 1964 el *Motu Proprio* "Sacram liturgiam" y la Inst. "Inter Oecumenici"; en 1966 el fascículo publicado por el Consilium "De oratione communis seu fidelium"; en 1969 la Inst. "Actio Pastoralis" sobre las misas para grupos reducidos; en 1970 los "Principios y normas del Misal romano" (6) y la tercera Inst. "Liturgicae Institutiones"; en 1971 los "Principios y normas sobre la Liturgia de las Horas" (7) y el "Ritual de la Confirmación"; en 1972 el "Ritual de la Iniciación cristiana de los adultos" y el "Ritual de la Unión de los enfermos"; en 1973 la carta circular "Eucharistiae participationem", el "Directorio para la misa con niños" y el "Ritual de la penitencia".

No es éste el lugar oportuno para examinar con detención cada uno de estos documentos y ver en detalle lo que nos dicen de las moniciones, pero sí que es interesante notar que, en su conjunto, se contiene en ellos una doctrina que, si bien se va abriendo y progresando, es con todo homogénea consigo misma. De las moniciones se dice que deben ser breves y estar preparadas de antemano (8), que en su confección debe haber libertad para que puedan acomodarse a las distintas asambleas (9), que pueden provenir en diversos momentos de la celebración (10) que las puede hacer el propio sacerdote (11), el diácono, y otro ministro.

Quizá la nota más sobresaliente es la insistencia en que deben introducir en el sentido de la celebración o de alguna de sus partes e invitar a la participación (12). Sólo una vez se dice —y ello vale la pena subrayarlo— que las Moniciones puede resumir y repetir el contenido de los textos litúrgicos; pero en esta afirmación trata de algo muy singular: se refiere a algo bien distinto de aquello a lo que nos acostumbró el uso de las “moniciones-resumen” de hace algunos años cuando la liturgia se celebraba en latín: aquí se trata de celebraciones con niños para los cuales la repetición puede ser pedagógica; además no se trata de presentar una síntesis inmediatamente antes de proferir el texto litúrgico sino de hacer un resumen de todo lo que se ha venido diciendo en el curso de la celebración al final de la misma.

Si de lo que afirman los documentos oficiales pasamos a analizar las propias “moniciones-paradigma” que ofrecen los nuevos libros litúrgicos vemos que éstas siguen fielmente las líneas propuestas por las orientaciones oficiales: en ellas se nos ofrecen siempre fórmulas realmente introductivas, nunca fórmulas-síntesis. De estas moniciones algunas son simple versión de las de los libros litúrgicos antiguos y, por ello, de su mismo origen reciben el carácter de fórmula-introductiva (así, por ejemplo, las que anteceden al Padrenuestro y a las oraciones solemnes del viernes santo). Otras, en cambio, son de hechura nueva pero en ellas se ha seguido también el estilo propio de lo que debe ser la monición: no resumen sino introducción y exhortación: entre éstas pueden citarse la que introduce la celebración del 2 de febrero (que liga la fiesta de la presentación con el ciclo de Navidad y con la actitud que debe tomar la asamblea en esta celebración), la del domingo de ramos (que inserta la celebración en la dinámica de la cuaresma y, sobre todo, abre el espíritu a la contemplación del conjunto del misterio pascual), la del inicio de la vigilia pascual y la de antes de las lecturas de esta misma vigilia. Todas estas moniciones pueden servir de modelo de lo que debería ser una buena monición.

Digamos, para finalizar este apartado, una palabra de las moniciones de composición libre: como era de esperar nos encontramos aquí con gran variedad de estilos y aun de contenidos. Pero hay que reconocer que, desgraciadamente, en la práctica la monición más común continúa siendo la “monición-resumen” y ello a pesar de que hoy con la lengua popular está “monición-resumen” no tiene ya ningún significado. En cuanto al momento en que éstas se usan la práctica común limita su uso casi siempre a tres o cuatro

ocasiones (al principio de la misa, antes de cada lectura, antes del Padre nuestro, y al final de la celebración). Otras moniciones a las que se alude en los documentos oficiales y que serían especialmente oportuno utilizar, por lo menos algunas veces, se omiten sistemáticamente (13).

5.— Las moniciones para antes de las lecturas bíblicas

Hechas ya estas reflexiones de carácter general, aplicables a toda especie de moniciones, pasemos a tratar más concretamente de las moniciones para antes de las lecturas bíblicas y de sus diversas

posibilidades. Sin negar en absoluto el interés que puedan tener las restantes moniciones de la celebración —de ellas pensamos tratar en otra ocasión— dar la primacía a las moniciones que acompañan las lecturas bíblicas pensamos que está sobradamente justificado por dos razones: a) porque las moniciones a las lecturas son las que más se usan hoy día; b) porque urge, sobre todo en ellas, evitar la "monición-resumen" de la que hemos hablado y que continúa, con demasiada frecuencia, siendo la más usual en perjuicio tanto de las moniciones como de las mismas lecturas bíblicas (14).

6.— La Monición antes de las lecturas no es siempre necesaria

He aquí un principio importante que hay que tener en cuenta. De la conveniencia y utilidad innegable que representa ambientar previamente algunas lecturas no debe concluirse la necesidad de introducir todas y cada una de las perícopas bíblicas con una monición, como si la monición previa fuera una norma absoluta para toda celebración cuidada. Hay, en efecto, lecturas que son en sí mismas tan claras que no necesitan introducción alguna: es el caso, por ejemplo, de las lecturas entresacadas de los libros sapienciales del Antiguo Testamento leídas en lectura continuada (15), o de las cartas de san Juan en el Nuevo, cuyo contenido es tan diáfano que casi cabría decir que la misma lectura es ya una monición. Por otra parte el mismo hecho de que en algunas ocasiones la lectura vaya precedida de monición, en otras, en cambio ésta se omite, tiene la ventaja de dar una cierta variedad a la celebración y de alejar la rutina: usadas en esta forma las moniciones adquieren una mayor interés: no se hacen ya simplemente "porque tocan" sino porque realmente hay algo interesante que decir o aclarar para la mejor comprensión del texto que seguirá y que, con la monición, queda situado de alguna manera en su contexto.

7.— La monición ilativa

Cuando se trata de lectura continuada, tanto en la misa como en la liturgia de las horas, puede ser especialmente enriquecedor presentar la perícopa litúrgica, situándola en la dinámica general del escrito bíblico del que está tomada. En efecto, la lectura continuada, por contraposición a las lecturas seleccionadas en las que lo que se pretende sobre todo subrayar una idea o frase determinada, tiene por finalidad ir profundizando progresivamente a través de varios días **el sentido global** de todo el escrito revelado, por ello precisamente, recordar en una breve monición las líneas de lo que fue ya leído anteriormente, es abrir la posibilidad de una mayor inteligencia del mensaje que será proclamado en la lectura del día. Una monición de este tipo podría decir, por ejemplo: "En la carta a..., que estamos escuchando, se habla de..., el domingo pasado (ayer) se nos recordó... Veamos como continúa este escrito; el mensaje que vamos a escuchar puede ser especialmente interesante porque en el mundo de hoy se dan circunstancias muy parecidas a las de la comunidad a quien el apóstol se dirigió en su carta" (citarlas brevemente, si es posible).

8.— Explicación de la circunstancias ambientales del escrito

Hay lecturas, tanto si se trata de la lectura continuada como de la lectura de alguna perícopa escogida, en las que aclarar alguna circunstancia del escrito puede por sí misma clarificar la inteligencia de la perícopa que se va a proclamar. V. gr. en una lectura entresacada de Jeremías o del Segundo o Tercer Isaías aludir al estado de postración y desánimo del pueblo a quien directamente se dirigió el Mensaje puede dar una vivencia especial al contenido de la lectura. Una tal perícopa podría introducirse, por ejemplo, de la siguiente manera: "Al pueblo de Israel, postrado y desanimado por el fracaso de un destierro, que se viene prolongando ya casi un siglo, Dios le envió profetas para levantar su esperanza. A nosotros, tan frecuentemente también decayidos y desanimados, Dios nos va a repetir su plan para con los hombres. En las palabras del profeta Dios nos va a hablar también a nosotros".

9.— La Monición-exégesis de alguna palabra o expresión

He aquí otro tipo de monición especialmente oportuno en algunas circunstancias. Hay lecturas, en las que la clarificación de una determinada palabra o expresión puede dar por sí sola la posibilidad de una primera y fundamental inteligencia del texto que apenas se captaría

si se desconociera lo que significa esta expresión. Pongamos un ejemplo: el sentido de la lectura de Ap 10,1—21,1, que es una de las que el leccionario propone como lectura para las misas de difuntos, sería captada fácilmente con la siguiente monición: “A nosotros que hoy estamos tristes y hasta desconcertados ante el hecho de la muerte, Dios nos va a hablar ahora a través de una lectura que con diversos simbolismos y gran poesía nos narra el plan de Dios para con el mundo: para captar el mensaje que nos quiere dar Dios es bueno saber que en la antigüedad el mar, que devoraba y destruía incluso las mayores embarcaciones, era el símbolo del mal, de las desgracias, de la muerte... pensar en el mar era para los antiguos como imbuirse del hecho de que en el mundo existe el mal. ¿Cuál es el plan definitivo de Dios ante el mal que vamos experimentando todos los días y que hoy ha cristalizado en la muerte de alguien a quien queríamos? Escuchemos la respuesta de Dios”.

10.—Moniciones bíblicas y homilía

Hasta aquí hemos hablado de diversas posibilidades que tienen las moniciones para hacer más fácil y sugestivo el contenido y la inteligencia del texto que se va a proclamar. Estas moniciones tienen un papel en parte parecido pero en parte también muy distinto de la función de la homilía. Tienen un papel parecido por cuanto tanto la monición como la homilía “sirven” a la lectura bíblica. Pero tienen un papel distinto en cuanto a la manera cómo ambos elementos sirven a esta Palabra de Dios: distinguir bien ambas modalidades puede ser beneficioso, tanto para la monición como para la homilía. La finalidad de la monición es la simple inteligencia del texto de tal manera que captemos lo que dice: la homilía en cambio, intenta aplicar el contenido del mensaje, que por tanto ha de haber sido ya captado mientras se hacía la lectura, a la propia vida: aquello que decía la carta de san Pablo a los que vivían en Roma el siglo I, por ejemplo a nosotros, situados en circunstancias distintas, nos puede decir que... El contenido de la homilía puede orientarse de formas distintas porque de un mismo principio se pueden sacar diversas aplicaciones; en cambio, la monición porque debe introducir en el contenido objetivo del texto, virgen aún de explicaciones, admite menos variación en su contenido. De aquí precisamente también la conveniencia de que la monición se sitúe antes de la lectura —para que ayude a captar más plenamente el contenido de ésta— y la homilía, en cambio, después de proclamar la perícopa, para aplicarla. Hacer la homilía antes de la proclamación de la perícopa, sería, en cierta manera, condicionar ya limitativamente la perícopa, pues ésta se escucharía casi necesariamente en la línea de una aplicación posible entre muchas otras.

Quisiéramos terminar con una observación especialmente oportuna en algunas circunstancias; cuando una lectura bíblica no va a ser seguida de la homilía —es el caso más frecuente en la celebración del Oficio de lectura— es normal que la monición tome también un cierto carácter homilético. Es el caso de muchas de las moniciones que hemos publicado en nuestros “Dossiers de moniciones a las lecturas del leccionario bíblico bienal para el oficio de lectura”. En este caso a pesar del nombre de “Monición” no se trata propiamente de una monición “en estado puro”; es más bien esta fórmula una combinación de monición y de pequeña homilía escrita.

PEDRO FARNES, Pbro.

NOTAS

- 1.— V. gr. las moniciones para antes del Padrenuestro, para antes de cada una de las oraciones solemnes del Viernes santo, para antes de las oraciones consagradorias de las ordenaciones, consagraciones de iglesias, y altares, las moniciones rituales del diácono “Ite, Missa est”, “Flectamus genua”, “Procedamus in pace”, etc.
- 2.— En la mayoría de ritos orientales el diácono dirige la oración del pueblo con frecuentes moniciones. En la liturgia visigótica el celebrante hace diversas moniciones (al padrenuestro, al Credo, a la paz) y el diácono otras moniciones de tipo más ritual.
- 3.— V. gr. “Ite, Missa, est” “Flectamus genua” “Procedamus in pace”.
- 4.— V.gr. la simple invitación “oremos” antes de las colectas, la monición al padrenuestro.
- 5.— De este tipo son, por ejemplo, las moniciones antes de las oraciones solemnes del Viernes santo, las moniciones de las ordenaciones y de las consagraciones de iglesias y de altares.